



completa del poema, con abundantes notas, enriquece la bibliografía acerca de la Guadalupeana que, como es notorio, crece de día en día. Merece elogios el estudio que en torno del hasta hoy desconocido poema hace González Acosta, estudio limpio y claro, como toda la edición.

E. de la Torre Villar

Florencio José ARNAUDO, *El año en que quemaron las iglesias*, Editorial Pleamar, Buenos Aires 1995, 223 pp.

La quema de las iglesias en Argentina el año 1955 ha sido uno de los sucesos históricos más fuertes que ha tenido que sufrir la Iglesia católica en su larga historia y, no obstante la magnitud y repercusión que alcanzó, muchos son hoy, aun en las filas eclesiales, los que desconocen los acontecimientos que culminaron con aquel trágico día. Es que la quema de las iglesias, si bien es en lo esencial un capítulo de la campaña desatada contra la Iglesia, es al mismo tiempo, un suceso que ha pesado sobre la conciencia de muchos de los relacionados con el tema, tanto dirigentes como el pueblo. Esto ha influido para que, con posterioridad, desde la propia estructura del partido y, naturalmente, desde el recuerdo de los dirigentes, se haya extendido un manto de silencio. Raros son los que, reconociendo los errores políticos que llevaron a la dirigencia del peronismo, incluido al propio Peron, a ese equivocado e innecesario paso, se hayan atrevido a hablar del tema con posterioridad a la caída política del gobierno. Tanto ha sido el silencio que, en las diversas historias del peronismo, la relación con la Iglesia y en especial las causas que llevaron a las autoridades a dar aquel último paso en la persecución a la Iglesia no han merecido la explicación ni la indagación suficientemente fundada y confiable.

Los mismos actores y protagonistas católicos no se han destacado por haber escrito sus recuerdos ni narrado los sucesos de que fueron testigos. Debido a esa actitud y, además, por caracterizarse por no guardar fidelidad a la memoria histórica, pecado que viene de lejos y del que estamos lejos de haber tomado debida conciencia, la quema de las iglesias como suceso final de una campaña llevada a cabo contra la institución eclesiástica, su culto, su magisterio y sus representantes, no ha ocupado la atención de los historiadores, ni ha sido objeto de una revisión cuidadosa a fin de aprovechar las enseñanzas que se derivan.

Desde el lado del peronismo se han dado a conocer algunos documentos sueltos referidos a esa campaña llevada a cabo en el último período de su gestión gubernativa que aportan cierta luz, aunque no toda la necesaria para emprender una revisión histórica exhaustiva.

No es de extrañar, en consecuencia, que a cincuenta años de los acontecimientos se tenga necesidad de una revisión cuidadosa a fin de aprovechar las enseñanzas que se derivan. Son contados con la mano los historiadores que reconocen que la campaña llevada a cabo contra la Iglesia fue la causa principal de la caída de Perón en 1955, y es aún más reducido el número de los que se han detenido en valorar la reacción que produjo en el sentimiento religioso de la población y la fuerza que otorgó primero a la reacción pasiva y luego a la instancia final de la revolución. También pocos son los que han tenido oportunidad de leer el voluminoso tomo publicado en diciembre de 1955 con el sugestivo título de *Los Panfletos. Su aporte a la revolución liberadora* (Editorial Itinerarium, Buenos Aires, 524 páginas).

Precisamente, relacionado con aquella «guerra de los panfletos», que tanto descon-



cierto produjo en las filas del peronismo gubernamental, se inició una táctica de consecuencias políticas imprevisibles y contra la cual nada pudo el aparato represivo del estado dictatorial. El libro que comentamos, escrito por uno de los protagonistas principales de aquella «guerra» novedosa y demoledora, nos coloca en esta perspectiva.

El autor era un joven militante católico cuando el conjunto de las circunstancias lo llevó a vincularse a un grupo de amigos para emprender una de las campañas de panfletos clandestinos. El libro describe la situación desde la óptica de los grupos católicos, la reacción que produjo y las acciones que decidieron emprender para oponerse al gobierno. La estrategia se redujo a imprimir panfletos que, editados y distribuidos clandestinamente, tenían por objeto denunciar la política antirreligiosa de las autoridades. Llevar a cabo esa labor implicaba grandes riesgos, tanto por el aparato de seguridad de que disponía el gobierno, como por las denuncias favorecidas y estimuladas desde las altas esferas.

Ya con anterioridad el autor había publicado una primera versión titulada *Operación rosa negra*, que, por razones que desconocemos, tuvo escasa circulación. Allí el autor, con la memoria fresca de los sucesos en que tuvo que actuar, describía sin propósitos literarios, los sucesos de que fue testigo y actor, y el modo en que se desenvolvía uno de los grupos que redactó el «panfleto» titulado *Verdad*. Con los años, el mismo autor ha retocado los nombres reales de todos los que actuaron en esa empresa clandestina en calidad de redactores, financieros, impresores y distribuidores. Son, en su casi totalidad, nombres conocidos de hombres y mujeres pertenecientes a las filas católicas, jóvenes entonces y que con el tiempo han ocupado funciones destacadas en la vida pública y en el seno de la Iglesia.

No hay pretensión de escribir un libro de investigación por parte del autor, ni tampoco de otorgarle el carácter de memorias. Es una simple descripción que participa por igual tanto de los recuerdos como de las memorias, pero que tiene la virtud de presentar una página interna de la lucha librada por un grupo de católicos con escasos medios contra el poder autoritario.

Es una suerte que el autor se haya decidido a dar a conocer, con detalles reales, estos recuerdos. Escrito en prosa sencilla, con abundancia de diálogos que reproduce la conversación mantenida por los protagonistas, el libro se lee con facilidad e indudablemente con interés. El autor ha logrado reproducir la atmósfera que rodeaba a los protagonistas, el clima que el país vivía y, en cierta manera, sugerir la presión impuesta por el aparato policial sobre quienes no participaban del ideario y la estrategia de la política gubernamental. Quienes nada conocen en torno a los sucesos de 1954 y 1955 y, sobre todo, los que desconocen el papel desempeñado por los católicos ante la campaña desatada por el gobierno contra la Iglesia, encontrarán en estas páginas una introducción amena y verídica. Este libro, circunscrito a un relato testimonial, cumple su objetivo y llena un espacio en el conjunto de los factores que contribuyen a la reconstrucción histórica.

N. T. Auza